

El padre de Oriana

Nicolás Álvarez Arrau



Capítulo 1

Desde su guarida Oriana escuchó los pasos de la madre. Yacía entonces bajo una mesita de caoba, en el rincón más apartado de su habitación, con el estómago apretado y las mejillas casi entumecidas de tanto aguantar el aire. Cuando aquellos pasos de muerte se detuvieron frente a la puerta, Oriana dejó salir un chillido que la delató de inmediato. Quiso sobreponerse para buscar alguna salida antes de que ella entrara en su cuarto, pero fue inútil. Casi sin darse cuenta, su madre le alcanzó el brazo izquierdo y la tironeó con aspereza. Sus extremidades palidieron y Oriana bajó el rostro.

"No te muevas". Oriana la escuchó claro y fuerte. La niña se mantuvo inerte frente a un espejo del siglo pasado que amenazaba con descolgarse en cualquier momento. A través del cristal buscó sus hombros y se distrajo con las clavículas de ramita que se le encarnaban como lanzas en la piel. "Por el amor de Dios, Oriana, basta". Pero Oriana permanecía inmóvil mirando sus hombros, compungida. A su espalda, la madre atusaba la melena extensa de la hija, esta vez con un cuidado de abuela. "Cálmate. Tienes que ponerte bonita y no quiero que tu padre te vea con esa cara".

Oriana entonces pensó en él. Hace más de un mes que había muerto y le aterraba la idea de que no pudiera descansar en paz porque a la mamá se le había metido en la cabeza que el esposo continuaba más vivo que todos y que esta tarde volvería a verlas, al igual que durante todas las tardes desde que un desgraciado llegó con el infortunio hasta la casa. "Papá se fue para siempre, ¿no fue eso lo que dijo Gaspar?". Oriana habló despacio, con miedo, aunque sus palabras desprendían una vehemencia absoluta. Ya no sintió más los dedos de la madre cepillar su cabello. En cambio, llegó a sus oídos un llanto ahogado que parecía venir de las profundidades de la tierra.

Oriana vio a través del espejo a su madre abatirse con la realidad. Juan estaba muerto y así lo seguiría estando hasta que Dios no dijese lo contrario. Pero Dios no acudiría en ese momento, ni mañana, ni pasado. La niña, arrepentida ahora por haber dicho esas palabras, trató de sosegar el ahogo de su madre y le pidió que la volviera a peinar. "Por favor, continúa. Papá está por llegar".

Cuando acabó la tarde, Oriana abandonó a su madre y corrió hacia su cuarto para esconderse bajo la mesita de caoba. Por hoy era suficiente de perturbaciones. Desde allí, sin embargo, pensó en el cuerpo de su padre. Lo imaginó pudriéndose lenta y pesarosamente dentro del ataúd. Vio a los gusanos montados en el cráneo, los huesitos amarillentos de sus piernas

asomarse entre la carne putrefacta y sus ojos de muerto, vivos todavía.

"Vivos", pensó. Y se durmió en un instante.